

# Mi Perra Ozna

daniel bernardo grimberg

Image not found.

# Capítulo 1

Mi Perra Ozna (por Daniel Bernardo Grimberg)

Uno de los mayores enigmas del universo es la multiplicidad de lecturas que de éste se tiene, aún entre los que ocupan el mismo espacio y tiempo. Cada individuo establece un nuevo tipo de relación, y trata de influenciar en los puntos de vista de los otros. Un mismo hecho puede ser percibido desde muchos ángulos verdaderos, y las estrellas arriba pueden compendiar la dicha de un hombre o indicar su infelicidad. Y no existe hibridación de sentimientos sino una independencia total.

La visión del hombre y la mujer también difieren. Esto está tanto en sus discursos como en el abordaje que hacen de la realidad innúmera. ¡Hay tantos mundos como ojos que lo escudriñan, y experiencias de los que se vanaglorian por estar vivos! Cada uno siente que participa de la máxima expresión del mundo real, pero eso no es más que el exagerado papel que se atribuyen sus sentidos.

¿A qué viene ésta dramática composición filosófica, el enunciado que la realidad se ha diversificado hasta la ridiculez? Pues bien, me llamó Mauricio Garzón y soy estudiante de arquitectura. Y se trasfunden en mi la más elevada emoción con la observación de edificios, ya que soy propenso a mirar al mundo cómo el arquitecto que seré. Y también en esta área la problemática de lo estético se da en que todos tenemos fundamentales discordias. Yo noté que hay un anciano escalamiento geométrico de estructuras materiales que el hombre construye como lugares de trabajo o moradas, y éstas se interpolan elementales y vastas para desafiar los días y las noches, a sus energías destructivas. Pero otros sólo ven estructuras con techo y casas a las que falta poner revoque.

Soy de una localidad rural, pegada a Pergamino, de un campo profundo que no es fácil de interpretar por la omnipresencia de espacios abiertos. Y como en un momento dado no pude tolerar esa gran tensión que existe entre el tiempo y el movimiento, me mudé de la casa de mis padres, llena de olores a estiércol y vaquillonas que rondan lo más panchas, a un departamento en la Capital. Aunque extraño al trinar de los pájaros, aquel acto tan necesario me permitió tener las cosas claras.

Así comenzó en mí, la adultez, los sueños que se oponen a la muerte, el destino que es la idea que creamos del futuro, y el querer escribir una

historia personal coherente, aunque tuviera muchas contradicciones. Tuve que dejar atrás mi perra Ozna, a causa de su gran tamaño... ella estaría más feliz en los campos que en los arduos cementos que encajonan las vidas de los hombres, y los hacen nacer a duras ambiciones. Con mi perra tenía una relación personal muy significativa: íbamos siempre a la vanguardia del resto de los animales, y juntos le sacábamos la leche a la vaca Mimí. Pero en Buenos Aires, poco a poco fui completando mi carrera universitaria, y sólo en forma cíclica volvía a las raíces del campo, a ver mi familia y a Ozna. Ella aún se tiraba a mi lado mientras distendía mi vista por crepúsculos fabulosos.

Si bien yo me maravillaba por verla tan bien, ella fue simplificando nuestra relación. Ya no tenía la amabilidad de esperarme y prefería participar de los proyectos que hacían mis padres. La perra sentía como quiméricas mis vueltas, y a nuestra especial comunión ya no la honraba de forma. Pronto se desinteresó en seguirme por las inigualables aguadas. Estaba más a gusto con el resto de mi familia, y para ella mi imagen, lentamente se fue mezclando con ese olvido que a una relación exhaustiva la transforma en otra superficial, y que me parecía algo siniestro. Cada vez que volvía al campo, intentaba revitalizar nuestro vínculo triturado por las distancias.

Y tuve una leve esperanza de un reencauzamiento en nuestros afectos, cuándo estando sentado en el bosquecillo me paré para orinar en un árbol cercano. Me había corrido hasta ahí con algunos planos para meditar en el sentido habitacional que tiene la arquitectura. Luego de cerrar la cremallera de mi pantalón y con el refrescante arribo de vientos sureños, vi como Ozna se acercó a ese sitio para hacer una abundante meada. Se mostró determinada a esa acción como si fuera lo apropiado; fue un gesto preciso.

¡Me pareció un acontecimiento espléndido! ¡Al fin mi perra se correspondía conmigo en una actividad! Ozna se llamó a cumplir mis designios, a seguir mi liderazgo; ella entendió a ese árbol de rugosa corteza como el ambiente específico para ese uso, o sea un baño cuya función es propiciar un marco para liberar al hombre de sus concatenados procesos fisiológicos. Con mi mente encumbrada con altaneras fórmulas de un arquitecto, imaginé tal cosa. El enlace que había tenido con Ozna volvía a tomar forma y color.

Pero a la realidad la figuré más tarde. Con tristeza comprendí que no nos sujetábamos a las mismas reglas, ni teníamos componentes semejantes en nuestras motivaciones. La perra había tenido una preocupación más bien legal: para ella, al vaciar mi vejiga yo había declarado mi posesión de ese sitio, y con su juicioso acto dentro del común lenguaje corporal, refutó mis absurdas pretensiones. Yo me había ido descaradamente, y aunque

utilizara artificios ya no tenía derecho a nada.

Fin (14-2-2018)